

## Del libro y la educación

97

**L**a lectura y la escritura son actividades intelectuales. el decodificar la lengua y estructurar los códigos, de manera que tengan sentido, es un ejercicio que, gracias al uso de las facultades mentales, se lo puede lograr. Sin embargo, este ejercicio cerebral solo es el principio de todo un mundo que se crea cuando lector y palabra se juntan.

Concretamente hablando, este puente tejido gracias a la acción de la lectura no solo es una actividad mecánica de codificación y decodi-

ficación; tiene que ver, además, con el cuerpo, con la sensibilidad, con la experiencia de vida del lector, con su cosmovisión. Estos serían parte de aquellos elementos que confluyen en el término de “sentido”, que se trabaja en lingüística. El acercamiento a un texto tiene que ver con la intimidad de quien lo lee, por eso, quizás, es la propia necesidad, la propia espiritualidad la que nos acerca a los libros en momento específicos de nuestras vidas. Pero si esto sucede a nivel personal, desde contextos más amplios: familiares, culturales,

Del libro y la educación

comunicacionales, educativos, se nos determina, también, una posición ante el libro. Quizás, al que se le ha atribuido mayor peso de todos ellos es al educativo, el cual sigue siendo un referente básico para crear lectores, para guiar a quienes han empezado ya a perseguir este maravilloso canto de sirenas, y a quienes van a empezar esta travesía mágica trazada por las letras.

Ya mucho se ha hablado acerca de las penosas cifras sobre el consumo de libros en nuestro país, y, aunque se han realizado varios diagnósticos acerca del porqué de aquello, no se han puesto en marcha proyectos concretos de largo plazo para remediar este hecho. No se han asentado políticas acertadas de parte del Estado, y muy poco ha sido el aporte de otros ámbitos como el educativo y el comunicacional. La relación educación-lectura ha resultado casi nula por la

falta de construcción de vínculos entre una y otra, y cuando se han realizado eventos que, si bien manifiestan una buena intención por intentar solucionar esta falencia, no se ha logrado derribar este muro existente entre libro-estudiante. Desde mi experiencia como docente, en primera instancia, y luego como autor y lector, tengo que contar algunos hechos que servirán para sacar conclusiones y entender

otros aspectos de esta situación.

El acercamiento a un texto tiene que ver con la intimidad de quien lo lee, por eso, quizás, es la propia necesidad, la propia espiritualidad la que nos acerca a los libros en momento específicos de nuestras vidas.

El evento de mayor alcance en la fiesta de la lectura, en los centros de enseñanza secundaria, es el Concurso del Libro Leído. A primera vista, se ve como un evento cultural de gran prestigio, y puede que lo sea; sin embargo, algunos pormenores nos muestran que no necesariamente sirve como un buen acercamiento al libro como tal, pues, en su ejecución, saltan a la vista momentos claves que dan a pensar si, en realidad, está

acercando a los participantes o los están alejando.

En cierta ocasión, como profesor de secundaria, fui invitado a un colegio para participar en este tipo de concursos con los estudiantes que estaban a mi cargo. Ya había estado como jurado anteriormente, cuando alguna vez se llevó a cabo de manera escrita, y luego, cuando se realizó de manera oral. Hubo una constante en ellos, se evaluaban los mismos parámetros: vocalización, expresión corporal, manejo del escenario, además de que cuál era el mensaje de libro, cuál la enseñanza que dejaba el autor y cómo podríamos aplicarla en nuestra vida diaria. Lo que sucedió en cierta institución, más que dejarme sorprendido, me reafirmó lo que había vivido ya en otras ocasiones, y que era lo que temía.

En primer lugar, me llamaron poderosamente la atención los libros a defender, entre los cuales estuvieron: *Juventud en Éxtasis*, *La culpa es de la vaca* y *Don Quijote de la Mancha* (sí, ese bellissimo clásico que pronto se transformó en un

monstruo). Pero, en primer lugar, hubo quien defendió el libro de la gran escritora ecuatoriana Alicia Yáñez Cossío, *Y amarle pude*. Aquí empezó lo temido, pues resultó que los versos de la protagonista de la novela, doña Dolores Veintimilla de Galindo, fueron representados con drama telenovellesco, su expositora le puso todos los ingredientes: exageración con voz sensiblera, casi sollozante; corporalidad que dibujaba súplica al Redentor, amplitud de la kinésica para poder dibujar sufrimiento, temor, arrepentimiento, búsqueda de justicia para su amor frustrado, etc. (En ese momento *perdió mi pobre corazón su calma*).

Luego vino *La culpa es de la vaca*, la exageración y la dramatización fueron parecidas, pero ahora ya no había súplicas al buen dios, sino al cliente, al lector, para que luchase por su triunfo personal, para que, a través del cambio de actitud, logre cumplir sus metas, deje su conformismo, pues el logro de sus objetivos está a la vuelta de la esquina, solo con un esfuerzo más estará en la cima del mundo, con su nueva empresa en la mano.

Lo de Cuauhtémoc Sánchez fue aún más patético: la dramatización terminó con un agradecimiento y ensalzamiento al autor por sus consejos sobre la educación sexual (la participante tendría aproximadamente 13 años). Pero el plato fuerte fue de quien definitivamente era “el mejor”. En su participación, el chico de unos 17 años, entra desde la parte de atrás del local con mucha fuerza y persuasión, con libro en mano, altisonante, seguro de sí mismo, prestidigitador, con palabra fuerte y muy convincente. Atrapó al público en seguida, sus citas eran

exactas para acomodarlas en el mercado, su discurso, su genial oratoria apuntaba a que ese libro (el del Caballero de la triste figura) nos servía para salir adelante, para tener éxito en la vida y en la empresa, era la luz para poder instalarnos en el sistema mercantil, con superioridad sobre los demás. Así que cuando ya todos estábamos en sus manos, gracias a su dominio vocal, su gestualidad perfecta y sugestiva y sus cambios de tonos, dijo (triumfante): repitan conmigo ¡TODOS SOMOS TRIUNFADORES!, ¡TODOS SOMOS TRIUNFADORES!, ¡TODOS SOMOS TRIUNFADORES!

Los docentes que habrán estado tras toda esta parafernalia, al parecer, lo tienen claro. Para ellos, el libro tiene tres funciones irrebatibles:

Es un manual para la moral y las buenas costumbres

Es un consejero para el buen comportamiento social y las buenas relaciones de convivencia



Es una herramienta para el triunfo y la superación personal

Pero no solo es así para quienes fueron guía de los estudiantes en aquel evento. Lamentablemente, es un sentir generalizado de los docentes de secundaria. Y, muy lamentablemente, también de algunos colegas de pregrado. Seguramente, nunca escucharon de un tal Henry Miller, quien nunca tuvo esas buenas relaciones sociales con su entorno, que, de hecho, despreciaba y criticaba constantemente a su sociedad norteamericana de inicios del siglo XX. No habrán escuchado, tampoco, de uno de los padres de la literatura mundial del siglo XIX, Fiodor Dostoivesky, que lejos de tener buena relación con su padre, inconscientemente se sentía satisfecho cuando veía cómo lo asesinaban sus propios sirvientes. No sabrán que mientras la burguesía europea seguía en su empeño de construir buenos modales, en los que se incluye una buena lectura, en el siglo XIX, en ese mismo siglo, un grupo de poetas llamados “malditos” desbarataban esa falsía de mostrar al escritor, y especial-

mente al vate, como un señorito refinado, ilustrado, de buenos modales, políticamente correcto, vestido a lo burgués. O que, peor aún, en EEUU (centro del capitalismo mundial, ejemplo de democracia y libertad), un grupo de muchachos drogadictos, sodomitas, improductivos y vagabundos escribían contra esas buenas costumbres, contra el falso patriotismo, contra esa moral religiosa y sexual impuesta desde el discurso bíblico, y que tuvieron un éxito masivo, y que provocaron la liberación de una generación que se creía liberada por el sistema norteamericano perfecto.

Por un lado, se ha construido un mundo del que forma parte la cultura de masas, en donde descansa un arte desechable (llamándolo arte con muchas bondades), y que, justamente, habla de eso: de lo que he nombrado arriba, de valores, de buenas costumbres, y que, además, se vende muy bien, y que es donde se ha acomodado al libro y al sistema educativo, con el fin de que la sociedad pacata, murmuradora, prejuiciosa continúe su senda,

apartándose de su propia realidad, esa que no quiere ver, esa que la evita rompiendo su espejo, porque no sabría qué hacer si se mira al fondo y solo el eco de su abyección le responde.

\* **Walter Jimbo.** Ecuador, 1973, ha publicado: *Y el verbo se hizo infierno*, 2003; *La voz del impostor*, poesía, 2006; *El enemigo en casa relatos*, 2009 (premio del Ministerio de Cultura del Ecuador); *En la tormenta la música* (poesía, 2012). *Silencios de la isla*, mención de honor en el concurso Ismael Pérez Pazmiño de diario El Universo, 2016. *El poema del diablo*, premio de poesía GAD-Pichincha, 2017. Suelo Pomo, 2019. *Amor y otras golosinas envenenadas*, 2022. Actualmente se desempeña como docente universitario en la Facultad de Comunicación Social de la UCE.